

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Andelka Gemović

“Sanando traumas”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp.75-76.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México

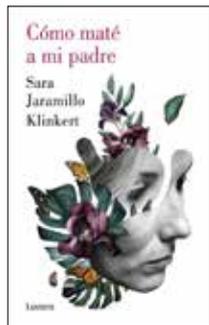


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Sanando traumas

Andelka Gemović



Sara Jaramillo Klinkert, *Cómo maté a mi padre*. Barcelona, Lumen, 2020, 192 pp.

La primera novela de Sara Jaramillo Klinkert, autoficción de tono diarístico, titulada *Cómo maté a mi padre* (2020), narra la devastadora historia de una familia colombiana, desde la perspectiva de una niña de 11 años cuyo padre, buscando justicia y oponiéndose a la supuesta “ley” de la mafia, fue inesperadamente asesinado. De una manera reiterativa y brutalmente honesta, la autora, ya adulta, relata las emociones perturbadoras, las respuestas incómodas, los temores de la infancia ante el rostro devorador de la muerte, las consecuencias fatales que cada miembro de la familia sufrió, en su lucha por encontrar sentido, anhelando un propósito para llenar el vacío de la ausencia paterna.

La voz, aunque sin emplear un narrador infantil, presenta un “yo” ingenuo eternamente encerrado en el cuerpo de una mujer adulta. Sara Jaramillo Klinkert crea un personaje homónimo que aborda la presencia y ausencia de los muertos, acentuado particularmente después de la muerte causada por la adicción de su hermano. La narra-

dora juega con la materialidad de las presencias, preponderando el recuerdo del padre por encima de la decadente vida del hermano. Es decir, en la narración es más tangible la memoria del progenitor muerto que la compañía del hermano vivo. Además, al ilustrar la muerte de los dos miembros de la familia, la autora establece una oposición entre la anticipación y la brusquedad: la muerte de su hermano se prolongó como una respuesta natural a su estilo de vida, ya que los ojos del resto de la familia permanecieron deliberadamente ciegos. Por el contrario, a pesar de su mirada alerta, la muerte del padre se produjo de manera injusta e instantánea, lo que llevó a la narradora a comprender la naturaleza incontrolable de la vida y el destino. En un contraste entre la inmensidad de la vida y la pequeñez de una bala capaz de arrebatarla, desde el recuerdo infantil se da cuenta de que “en el mundo real no hay tres vidas como en los videojuegos” (Jaramillo Klinkert 2020,18).

Al crecer en una finca idílica, los niños pronto entienden que la vasta casa puede proporcionar tanto un refugio como una sombría incomodidad, ya que aprovechan la exploración despreocupada de un ámbito natural y al mismo tiempo se ven obligados a habitar el implacable mundo adulto. Incapaces de percibirse a sí mismos, los niños a menudo pelean, gritan y se lastiman entre sí como una manera de darle sentido a su cotidianidad, sin dejar de sentir el abismo de la muerte en su interior. Dada la sentencia rígida de la madre: “no-piense-en-eso”, cada niño oculta un mundo que, en el caso de la protagonista, emerge tras el proceso autorreflexivo de la escritura.

Sin embargo, la niña y su contraparte adulta sufren noches inquietas que devienen surrealistas frente a sonidos y siluetas oscuras de árboles, anhelando la figura pa-

terna perdida, aunque temiendo a su fantasma. Desea ocupar la cacerera vacía junto a su madre, o bien al menos recibir el consuelo maternal, a la vez que teme estropear los últimos rastros de su padre en el dormitorio; es incapaz de enfrentar su ausencia en la cama y por consecuencia en su vida.

Aun así, la valiente figura materna, que ahora lleva las responsabilidades de ambos padres, le enseña cómo sobrevivir a través del arte de fingir, de poner una cara valiente y prepararse con una sonrisa. “La única regla de ese juego era ocultar el dolor para que los demás no lo notaran. Sonreír. Pretender que nada estaba pasando, que seguíamos siendo la misma familia normal de siempre. ‘No-piense-en-eso’ significaba hacer creer que no pensábamos en eso” (84). Así, la niña aprende a fingir su sonrisa, escondiéndose no para llorar sino para perfeccionar la curva de sus labios. En cierto modo, la novela también puede leerse como un homenaje feminista a las madres, a su espíritu inquebrantable, su voluntad devota de proteger a los hijos y el acrecentamiento de amor maternal por cada ser vivo, desde niños hasta insectos, pájaros, flores y árboles. Es precisamente esta bondad incesante la que salvó a la madre de la sombría caída, aprendiendo a aceptar la vida como un ciclo natural en el que uno puede ser tan duro como la corteza de un árbol y tan frágil como una flor frente al invierno. Independientemente de la actitud optimista de su madre y su aptitud natural para la maternidad, la protagonista critica duramente a la sociedad patriarcal, subrayando que por el solo hecho de ser mujer, tuvo que actuar como madre de sus hermanos. De ahí que después valore la vida sin hijos, aunque parezca egoísta:

Ellos fueron los hijos que no tuve y yo la madre que no era.



Pedro Jesús Orea Reyes: *Recolección* (detalle)

No me quedó gustando. Desde esa época empecé a sentir pesar por todas las mujeres embarazadas que veía en la calle. Quería gritarles que todo era una trampa, que los niños son tiernos mientras son niños, pero luego se convierten en seres complejos. Que se absorben todo el tiempo, todo el dinero y toda la energía. Que se consumen a sus propias madres y les generan sentimientos contradictorios que después las harán sentirse mal consigo mismas. Me convertí en una mujer decididamente egoísta. Nunca he querido compartirme con nadie. Estoy haciendo carrera en eso de ser prescindible (76).

A pesar de que el enfoque inflexible de la madre parecía práctico para superar la pérdida del padre, en última instancia, ocultar el dolor como una forma de sobrevivir no sirvió a los niños. Como suele entenderse, sufrir la pérdida de un miembro de la familia une y fortalece los lazos familiares. Paradójicamente, la incapacidad de articular su dolor, miedo y estupefacción desgarró a estos hermanos: “Dicen que el dolor fortalece, pero después de tanto tiempo de dolor acumula-

do, parecíamos dos niños frágiles a punto de quebrarnos” (151).

Lidiar con el dolor y luchar por encontrarse a uno mismo después de perder a un ser querido es otro tema relevante de la novela. La narradora enfatiza la inutilidad de los funerales, las flores muertas que adornan el ataúd, la asistencia obligada de personas que pronto desaparecen para siempre y la insistencia social en no quedarse solos frente al dolor. Los hermanos se esfuerzan por comprender lo que significa estar vivos; de niños lucharon por sentir algo, de adultos consumen drogas hasta el hastío; deambulan por el mundo, meditan y tienen relaciones sexuales con extraños. Sin embargo, al final, la protagonista comprende que hay que volver a matar y enterrar a los muertos. Hay que pedir perdón, suplicar por el olvido y liberarse de la carga impuesta a su inocencia.

Se puede argumentar que en las partes finales de la novela hay debilidades en la trama. Aunque el final revela optimismo –con el redescubrimiento del amor, la pasión y el propósito de vivir–, la representación de su misterioso amante puede parecer vaga, discordante y, a veces, incluso cliché

en comparación con las secciones previamente elaboradas, realistas y admirablemente contundentes. La audiencia descubre que la muerte de su padre no es más que el descuido del sicario: asesinaron al objetivo equivocado. Jaramillo Klinkert, la autora, aprovecha la oportunidad para criticar al sistema legal y señalar el fracaso de las instituciones para llevar justicia a los muertos.

Con esta novela sencilla y fácil de leer, Sara Jaramillo Klinkert aborda temas relevantes, humanos y dolorosos como la muerte, la pérdida, la inocencia interrumpida, los traumas infantiles, las expectativas sociales inútiles, las fallas de las instituciones públicas y la situación de las mujeres. Su alentador viaje de auto-redescubrimiento transmite la idea de que el final de la vida ajena marca el comienzo de otra posible vida propia. La ausencia del padre da voz a la autora para que, con la novela, cierre el duelo de muerte, sin dejar de preservar su figura entre las páginas. **LPyH**

Anđelka Gemović es estudiante de doctorado e investigadora en la Universidad de Novi Sad, Serbia. Su enfoque principal es el estudio de la muerte en la literatura posmoderna.